

El Padre Manuel García Nieto, director espiritual en la Universidad Pontificia Comillas (1984-1974)

*Adolfo Fernández Díaz-Nava. **

Si se quiere reflejar en una figura la suma y encarnación de la espiritualidad comillesa de ese tiempo, no se tiene más remedio que recurrir al Padre Manuel García Nieto, llegado a la Universidad de Comillas en 1929 donde permaneció hasta su muerte en la alborada del Sábado Santo, 13 de abril de 1974. Cuarenta y cinco años dedicados a la formación de sacerdotes, único destino de toda su vida. Cientos de sacerdotes, entre ellos más de una treintena de obispos españoles e iberoamericanos, pasaron por sus manos, dejando en todos un recuerdo imborrable.

Como escribe Eusebio Gil en precioso artículo: “El P. Nieto fue una figura singular, incluso en su físico extraño. Singular en su talla de religioso entregado a un amor apasionado a Jesucristo. Singular en su poder de convicción y en la maestría con la que acompañaba y guiaba a cada uno de sus seminaristas por los paisajes de su vida interior”. Singular, podemos añadir, en su amor y generosidad con los pecadores, los enfermos, los pobres y todos los necesitados en los tiempos nada fáciles que le tocó vivir, incluida la guerra y la posguerra.

Vio la luz en la provincia de Salamanca, en Macotera, el 5 de abril de 1984, muriendo el 13 de abril de 1974 en la Universidad de Comillas (Cantabria) que culminaba ya su proceso de traslado a Madrid. En 1985 son lleva-

dos sus restos desde Comillas (Cantabria) a la Iglesia del Milagro de san José en Salamanca. Ante la insistente petición de muchos antiguos alumnos comilleses, se abre en 1990 el proceso de su Causa de canonización en el Obispado de Santander, cuya etapa diocesana está llegando a su culminación. La Iglesia tiene la palabra sobre la santidad de este hombre singular, afirmada por todos los que le conocieron (“el santo Padre Nieto”) menos por él: “me parece que los hombres ven en mí lo que no hay; ante Dios me siento muy vacío”, escribe a su hermano sacerdote.

Cursó sus estudios sacerdotales en el Seminario Diocesano de Salamanca, regido en aquellos tiempos por los jesuitas. En 1920 fue ordenado sacerdote. Desde su niñez se sintió atraído por el Espíritu hacia la santidad y la fe en la Eucaristía, notas que dominarán su existencia. Siempre fue hombre de pocas ideas pero de hondísimas vivencias.

Ejercitó su ministerio sacerdotal en las parroquias de Cantalapiedra, durante dos años como coadjutor, y en la de Santa María de Sando, cuanto más como párroco, ambas de la diócesis y provincia de Salamanca. Destacó ya, entonces, por su oración ante el Sagrario (“el cura que no sale de la iglesia” le llamaban sus feligreses) y por su generosidad sin límites con los pobres y los enfermos. La renovación religiosa y moral de ambas parroquias fue enorme y aún se le recuerda por los niños de entonces.

* Universidad Comillas.



En 1926 ingresa en la Compañía de Jesús. Después del noviciado y un brevísimo repaso a sus estudios, recibió su primer y único destino a la Universidad de Comillas en Cantabria, como Padre Espiritual de los Seminaristas.

Al traslado de la Facultad de Teología de Comillas a Madrid, octubre de 1967, dentro del plan de ubicación de toda la Universidad en esa ciudad, cesa el P. Nieto en su actividad como Director Espiritual. Sus últimos años en este puesto coinciden con la celebración del Concilio Vaticano II. El P. Nieto aceptó con corazón abierto la renovación eclesial que trajo consigo el Concilio y se esforzó en vivirla aunque suponía una visión muy diferente de la suya propia. Sin dejar de intuir, con el realista conocimiento de los hombres que le era propio, las trampas y dificultades que se encerraban en los primerizos y desaforados entusiasmos, supo seguir confiando en Dios y en su Iglesia con la autenticidad de su fe y el sosiego de su paz interior. Abundan en sus notas las referencias al Concilio y a los cambios que propició.

La talla extraordinaria del Padre Nieto no consistió en los aspectos llamativos pero secundarios que sus admiradores más recuerdan y ponderan: la extremada penitencia exterior, las largas horas de oración ante el Sagrario, etc. Su talla excepcional se debió sin duda alguna y en palabras suyas a

una “fe viva informada por la caridad” que trascendió toda su vida. Lo demás fue para él mediaciones para alcanzar esa fe ardiente.

El eje de su vida lo constituyó una entrega total a Jesucristo vivida en una honda vocación sacerdotal de absoluta identificación con Cristo y Cristo crucificado. De ahí su centralización en la Eucaristía ya desde niño. Desde sus primeros años racionales nunca omitía la Misa, llegando a actitudes que serían exageradas y hasta imprudentes para otros, pero para él netamente consecuentes, como levantarse a celebrar la Eucaristía recién sufrida una grave intervención quirúrgica con el espanto de médicos y enfermeros, y las largas horas de oración arrodillado a pesar de tener con frecuencia las rodillas en carne viva.

No extraña así su constante dedicación a la formación y cultivo de seminaristas y sacerdotes. Con el realismo de su fe profundamente arraigada intentaba con todas sus fuerzas iniciar a sus dirigidos en el seguimiento e identificación con Cristo crucificado, con la maestría de su propia experiencia espiritual, con franca rudeza y energía siempre templadas por la comprensión y el cariño de un hombre apasionado. Incontables horas de coloquios personales; numerosos retiros, pláticas, exhortaciones sobre el amor a Cristo, la propia vocación sacerdotal, la oración y la mortificación, el amor a los pecadores y a los pobres. Innumerables esquemas y notas, aprovechando los papeles más inverosímiles, atestiguan su preocupación y preparación. El amor a los sacerdotes le llevó a dedicar todos sus veranos a dirigir Ejercicios espirituales al clero. Más de una treintena de “ejercicios de mes” e incontables tandas de ocho días constituyeron para cientos de religiosos, sacerdotes y obispos una honda experiencia de oración y ascésis.

El realismo de su amor a Cristo le llevó a un intenso amor a los prójimos en especial a los que, según sus pala-

bras, eran los predilectos del Señor: los pecadores, los pobres, los enfermos y los niños. Constituyó otro de los aspectos cruciales de su vida. Se entregaba a sí mismo y todas sus cosas: su persona, su tiempo y todo lo que tenía. Como sacerdote secular su casa, nunca cerrada, las propias cosas que tenía y aún las que necesitaba para su uso estaban a disposición de los indigentes.

En ellos se volcó desde un principio también en Comillas. Siempre alerta para que por falta de recursos ningún candidato al sacerdocio tuviese que abandonar sus estudios. Abrió y mantuvo comedores gratuitos para más de un centenar de niños. Socorrió con toda clase de ayudas a obreros itinerantes, a incontables familias en especial a los pescadores del pequeño puerto comillés. Sufragó los gastos hospitalarios de muchos enfermos. En cualquier hora y momento estaba dispues-

to a socorrer a quien venía a solicitar su ayuda.

Tómbolas, rifas, peticiones a seminaristas, familiares y conocidos, todo le parecía poco para lograr una ayuda material para los necesitados. No deja de acudir a las familias pudientes que veraneaban en Comillas, a organismos oficiales, sin recatarse de exigir recursos para poder atender a los necesitados. Iniciaba y comprometía a sus dirigidos en el amor y atención a los pobres y enfermos. Sobre todo, él mismo fue pobre, no sólo en su exigente austeridad personal sino porque toda su vida la entregó, a imitación de Cristo, por los más pobres y necesitados.

El Padre Nieto cinceló así una figura austera, de hombre directo que se ofrece en total sinceridad, inasequible en muchas de sus facetas como toda persona singular, pero de una riqueza espiritual y humana desbordante.